



## UNA INCURSIÓN EN LA CLASE OBRERA (I)

**Antonio Doctor**

### **Introducción**

Voy a relatar aquí las consecuencias de una extraña incursión. Extraña porque duró nada menos que 50 años. Un periodo excesivamente largo para tratarse de una incursión, considerada en cualquier enciclopedia como la entrada en un territorio ajeno, y usada casi exclusivamente para operaciones militares. Se diferencia de la invasión porque esta es para conquistar terreno y quedarse y la incursión puede terminar con una vuelta al terreno propio.

Nací en Madrid, de familia de origen campesino, de los que emigraron a la capital en los años de la república y se transformaron en obreros de la industria. Empecé a trabajar con 13 años de edad, y propiamente en industria, en un taller con unos 60 obreros, con 16 años. Me he jubilado con 65, después de haber trabajado en 12 empresas distintas, grandes y pequeñas, sin haber tenido más que dos periodos de paro de pocos meses cada uno.

Me diréis: ¿Cómo puede llamarse a eso una “incursión”? Pues lo es, (conclusión a la que llegué hace poco tiempo) y lo voy a demostrar. Porque esta “incursión” nada dice respecto a la duración de la misma, sino a la extrañeza del terreno, y un terreno puede seguir siendo extraño durante un tiempo indefinido. No hay un plazo, un momento en el que se dice: ya no soy un extraño aquí.

Todavía, antes de iniciar la incursión (o el relato de la misma) parece necesario explicar que clase de extrañeza es esta de que hablo, pues parece un contrasentido afirmar que uno se siente extraño en un lugar durante más de 50 años. Extrañeza significa aquí, sencillamente, entrar en el terreno, conocerlo, (o creer que lo conoces) y en un momento dado, llevarte un chasco y descubrir que no lo conocías. Retomar el conocimiento sobre otras bases, y después de un tiempo, unas veces corto, otros largo - el que más me afectó me tuvo 18 años engañado - volver a vivir algo que te rompe el esquema.

De este preámbulo se puede deducir fácilmente que arranco de un plano que puede llamarse “subjetivo”, pero que no lo es en realidad. El plano de las sensaciones sobre las que aún no hemos elaborado juicios. Sensaciones como irritación, disgusto o bienestar, que son subjetivas porque son propias de cada uno, pero que son objetivas en la medida en que todos los seres vivos las sentimos, aunque los humanos tengamos la capacidad de reflexionar y elaborar una justificación propia a esas sensaciones. Pero no todos sentimos la misma sensación ante un hecho, que a unos puede agrandar y a otros irritar y a otros dejar indiferentes. En esa diferencia es donde aparece la subjetividad, aunque el hecho sea objetivo.

### **Primera experiencia**

Mi padre era carpintero. Después de la guerra empezó a trabajar en un taller y unos años después, hacía 1944 enfermó de tuberculosis. En aquellos años no había los medios de combatirla que hay hoy y tampoco podía alimentarse como era necesario. Durante su enfermedad recibía frecuentemente visitas de un compañero de trabajo, Felix, con el que también hizo algunos muebles de encargo. Cuando se fue agravando la enfermedad, mi padre confiaba en él para que nos ayudase a seguir adelante, a mi madre y sus dos hijos, yo y una hermana, y así se lo dijo varias veces a mi madre, teniendo en cuenta además que no contábamos en Madrid con ningún pariente cercano. Apenas un primo lejano de mi padre al que veíamos de Pascuas a Ramos.



Murió en casa en 1946, cuando yo contaba 9 años de edad, en los brazos de mi madre, a eso de las 9 de la mañana. Mi madre, entre sollozos, me mandó a casa de Felix, que no vivía lejos, a darle la noticia. Llegue a su casa, (vivían en una portería) y salió a abrirme con la cara enjabonada preparándose para afeitarse. Mostró mucho pesar y me dijo que volviese a casa que saldría para allá en cuanto acabase el afeitado. Nunca apareció. Cansados de esperar, acudimos al pariente lejano, que fue el que se encargó de todo lo necesario para el entierro. A Felix jamás le volvimos a ver.

Este primer chasco se lo llevó mi padre, que era el engañado, pero lo sufrí yo, y doblemente, una porque comprendí enseguida que el amigo Felix se puso la venda antes de la herida (una viuda sin recursos y con dos hijos, que seguramente me estará pidiendo dinero o comida hasta que pueda salir adelante, lo mejor es cortar por lo sano) y otra por sentir que mi padre había muerto sin saber quien tenía por amigo. Esa tan temprana experiencia me dio una dimensión del ser humano que no había ni imaginado y de mi trayectoria personal posterior deduzco que marcó para siempre mi actitud inicial ante cada nueva persona con la que establecía cualquier tipo de relación. Sin exagerar, naturalmente: No es que yo fuese siempre con la desconfianza por delante, sino que se me aguza la curiosidad por examinarle mejor, ver sus reacciones, etc. Es como una tendencia a protegerme contra posibles decepciones.

## Segunda experiencia

Trabajaba ya en un taller mecánico, de unos 80 trabajadores, como electricista, cuando hacía 1955 o 56, el Sindicato vertical convocó elecciones para Jurados de empresa. Era la primera vez y despertó una indefinible expectativa entre nosotros. Eran elegibles todos los que tuviesen más de seis meses de antigüedad. Como todos teníamos más (yo era el último y había entrado en el 54) todos éramos elegibles. Para facilitar la elección se nos propuso que hiciésemos entre nosotros una lista de 8 o 10 (no recuerdo ya) que quisieran estar en la lista y la pusiésemos en el tablón de anuncios. Solo serían válidos los votos a esos candidatos.

Así lo hicimos (en la fábrica no había ningún movimiento político clandestino, todos nos conocíamos bien y casi no se hablaba de cuestiones sociales) y sin discusión ninguna se formó la lista, en la que estaba yo, mas por cubrir huecos (eran pocos los que querían estar) que por verdaderos deseos de participar. Mi padre fue comunista, pero después de la guerra perdió todo contacto y, aunque estábamos marcados en el barrio como enemigos del régimen, no había vuelto a tener actividad ninguna. Y entre los libros que tenía, que eran muchos y fueron mis profesores, porque me los leí todos en poco tiempo, no había ninguno “peligroso”. Porque los había tenido que hacer desaparecer cuando entró Franco en Madrid. Así es que yo estaba “huérfano” de ideología, pero conocía los clásicos griegos, a Zola, a Gorky, a Víctor Hugo, a Cervantes, a Lope (entre otros) y sobre todo a Shakespeare, mi favorito. Ese era mi acervo.

Pusimos la lista en el tablón por la mañana y a mediodía descubrimos que había desaparecido. Preguntamos al listero del encargado, que era el que se ocupaba del tablón y nos dijo que la había pedido el director para verla y él se la había llevado. A la mañana siguiente nos encontramos con otra lista en el tablón con otros nombres, precisamente de compañeros de los más “pelotas”, que decíamos entonces. Se levantó una ola de protestas (tampoco muy grande, la verdad sea dicha) y unos cuantos fuimos a pedir explicaciones al listero. Nos contestó que el director había tirado a la papelera nuestra lista y había hecho esta otra y mandado colocar en el tablón.

Hubo malestar y protestas, pero no pasó a mayores. Yo recuerdo que no inicié ninguna acción, me limité a divulgar que esa no era nuestra lista y no deberíamos votar y nada más. Observaba, eso sí, las reacciones de mis compañeros. La mayoría callaba, sin dejar traslucir sus propósitos. Dos o tres días después se celebró la votación, en las oficinas y yo me desentendí del asunto. A media mañana vino el encargado a mí (aún recuerdo que estaba agachado, conectando un motor eléctrico para probarlo) y me dijo que ya habían votado todos y la mesa estaba esperando solo por mí. Le contesté que podían levantar la mesa que yo no iría. Me dijo que era



obligatoria votar y que tendría que atenerme a las consecuencias. Le respondí que me atendería a lo que fuese, pero que no iría. Bueno, me dijo, tu sabrás lo que haces. Y se fue.

Aquello fue para mí como un mazazo. Yo estaba plenamente convencido de que mis compañeros no irían a votar, es más, su silencio lo había interpretado como una determinación de no ir, sin comentarlo con nadie dada la situación política. La obediencia a alguien que no fuesen mis padres no la había conocido, dado que no fui a la escuela por no estar bautizado, y lo que sabía me lo había enseñado mi padre. En la empresa, yo entendía que había que obedecer en la asistencia al trabajo y en realizar las tareas que me encomendasen, pero nada más. Era la primera vez que se me intentaba mandar hacer algo que no tenía nada que ver con mi contrato de trabajo. La obligación de ir a votar no tenía consistencia alguna, y yo estaba seguro de que no sucedería nada si no íbamos. Bastaría con decir, en caso de que se nos preguntase, que aquella no era nuestra lista, sin más explicaciones y que se las entendiese el sindicato con el director de la empresa.

A partir de aquel momento, ya no pude ver a mis compañeros de la misma manera que antes. La espontaneidad con que los trataba desapareció. Hoy no sabría definir mi nueva actitud, pero recordando aquellos sucesos creo que me producían una sensación como de lástima. No recuerdo si reproché a alguno su actitud o no. De cualquier forma, por la diferencia de edad y por mi poca experiencia en enfrentarme y discutir en público (y en aquel caso significaba enfrentarme con todos) no exteriorice mucho lo que había sentido. Acaso puede ser que aquello me incitase a reflexionar más y a observarlos y escucharles más que antes.

Todo esto puede parecer hoy una ingenuidad, pero la verdad es que no lo he asumido jamás. Conozco la justificación: El temor a tener problemas, incluso a perder el empleo, etc. Pero yo no tengo porque aceptar esos argumentos, cuando vienen de otras personas. No tengo porque justificarlo. Que lo justifique el que lo hace. Que lo explique él, con sus propias palabras. ¿En razón de qué, y **sobretudo** para qué tengo que dar yo las explicaciones? Hoy estoy convencido de que el crecimiento de los sindicatos burocratizados, dedicados primordialmente al asistencialismo se producen como consecuencia de que algunos se arrogan el derecho a interpretar por su cuenta las razones de las actitudes que toman los otros y actuar socialmente en consecuencia. Es decir: A partir de mi interpretación de cómo es la clase obrera, desde el aparato sindical monto una estrategia de la que se derivaran consecuencias que nos van a afectar a todos. Por poner un ejemplo: Hoy el argumento supremo y único de todos los sindicalistas de base de CC OO y UGT que aceptan sin crítica las directrices de sus cúpulas, es el del aburguesamiento de los trabajadores, que quieren soluciones a sus problemas sin lucha y sin coste económico. Y el que no corresponda a ese modelo, que patalee si

Pero no voy a adelantarme a los acontecimientos. De aquella experiencia me brotó el interrogante: ¿es ésta la clase obrera?

### Tercera experiencia

La misma empresa. Un año más tarde. Yo ya hacía el mismo trabajo que el otro electricista que estaba conmigo. Con más edad y más años de antigüedad, era oficial de 1ª y yo continuaba siéndolo de 3ª. Me propuse reclamar y me dirigí a uno de los dos ingenieros que llevaban el taller, ambos sobrinos del Director. Escogí el más amable y campechano, que saludaba a todos y les preguntaba por algún familiar enfermo, etc. Le expuse mi situación laboral argumentando que ya hacía lo mismo que el otro y seguía de oficial de 3ª. Que yo creía que mi trabajo no estaba remunerado en lo que valía.

Me miro socarronamente y me respondió en tono distendido y afable: ¿Qué dices? Tu madre trabaja, tu hermana también. Tenéis tres salarios en casa y aún quieres más. Anda, anda. Le respondí que mi situación familiar o económica nada tenía a ver con el trabajo que yo hacía y lo que cobraba, que me parecía poco. Se desentendió sin perder la calma y me dejó sin siquiera marcar un plazo para responder, con el aire de quien había oído una chiquillada. Yo ya estaba con 19 años encima.



Lo comenté con algunos compañeros y me dijeron que no había usado el método adecuado. Que debería haber dicho que teníamos muchos gastos en casa, que mi madre estaba enferma o cosas por el estilo. Otro chasco, que esta vez me produjo indignación: Mi salario, de cara a ese señor, tiene que estar en relación con mi trabajo y con nada más. Con esta empresa tengo un contrato laboral en el que nada dice sobre mi vida privada. Esta vez me mostré públicamente en desacuerdo con mis compañeros.

Otro estacazo y otro periodo de reflexión. No solo no me habían avisado de la falsedad del individuo, sino que aceptaban sus argumentos. Decididamente, no nos entendíamos.

#### **Cuarta experiencia**

Después de hacer el servicio militar, en 1958 me salí de esa empresa y entré en otra, en la que solo duré 8 meses, porque un amigo de la infancia que había emigrado a Brasil me estimuló tanto que decidí emigrar también. Llegué a Brasil en diciembre de 1963, cinco meses antes del golpe militar.

Después de tres malas experiencias (que esta vez fueron con patronos y no viene aquí al caso) conseguí colocarme como electricista de mantenimiento en la General Electric, que fabricaba electrodomésticos, gracias a mi amigo que trabajaba allí desde su llegada, 5 años atrás.

En 1966 la situación económica se degradaba a ojos vistas y llegado el periodo de renovar los convenios, el gobierno amenazó a los patronos con multas si aumentaban el salario por encima de lo que había dictado el gobierno, alegando la necesidad de combatir la inflación.

El malestar fue cundiendo entre mis compañeros de taller (seríamos unos 30) y un buen día, cuando llegué al trabajo me encontré con que habían hablado entre ellos y habían decidido que había que hablar con el jefe al respecto y también estaban de acuerdo en proponerme que hablase yo con él, porque según ellos, sabía expresarme mejor. No por el idioma, naturalmente, sino por la fluidez y facilidad para mantener el hilo. Acepté y quise saber cuales eran las reivindicaciones y cuales los argumentos que ellos manejaban. Cada uno tenía una historia que contar: Uno que conocía gente de empresas cercanas a la nuestra y sabía que ganaban (con la misma profesión y tareas) más que nosotros. Otro dijo que estaba disminuyendo la diferencia del salario entre los de producción de nuestra misma empresa y el del personal de mantenimiento. Esto ponía de manifiesto algo que yo me venía barruntando. Los salarios dependían mucho de los jefes de los departamentos. Lo pactado en los acuerdos anuales era una base, pero todos ganábamos por encima de ella. Este colchón permitía premiar a unos, castigar a otros, y era también un indicativo del tipo de jefe que tenían en cada departamento. Es decir, que el nuestro tenía, con seguridad la potestad para subirnos algo y no lo hacía, como sucede siempre en estos esquemas, para mostrar su interés por la empresa a la dirección.

Con estas informaciones, entré en su despacho a decirle que queríamos hablar con él en la pausa para el café, que era a media mañana.

Llegó el momento, salió, se sentó ante una mesa y todos hicieron un corro a su alrededor dejándome en el centro. Le expuse nuestra reivindicación y como era de esperar se agarró a la recomendación del gobierno. Lo esperaba y le contesté exponiendo que no era una cuestión de aumento general, sino de nuestro departamento, que veíamos como se distanciaba de otros de otras fábricas e incluso dentro de la nuestra, de los salarios de otros trabajadores. Puntalicé que no teníamos nada contra ello, naturalmente, sino con el hecho de que a ellos les habían subido y a nosotros no. A medida que hablaba me sentía debilitar por el silencio de mis compañeros, hasta que en un momento intenté que hablaran citando el hecho de que conocíamos a trabajadores de la Rhodia que había recibido aumentos, para lo que me volví en busca del que lo había comentado, intentando aumentar la temperatura con más intervenciones. No recibí respuesta y el continuado diálogo entre el jefe y yo le llevó a sentirse más seguro y llegado un



momento me soltó esta: “Tu estas usando el nosotros, nosotros, pero me parece que estás hablando por ti solo.”

Esperé una respuesta general, sin darme cuenta (otra vez la sensación de terreno desconocido) de que aquello era una maniobra autoritaria (se ve que conocía al personal mejor que yo) para consolidar mi soledad, para desinflar a alguno, si lo había, que estuviese en ese momento tomando aire para intervenir. Se creó pues una situación que no me permitió exigirle un plazo para respondernos, lo que habríamos conseguido, con toda seguridad, si hubiésemos intervenido varios. Y para rematarlo, ya disolviendo el corro, interviene uno para decir: “Bueno, y de lo mío, ¿qué hay?” Además de inoportuno le fue fatal, porque el jefe respondió: “Pues aquí lo ves, lo tuyo es lo de todos”. Se veía que había intentado recibir aumento sin mezclarse con los demás y fue el jefe el que lo mezcló.

Para ellos fue una decepción, como algunos me lo hicieron saber al día siguiente. ¡Vaya con el español! (así me llamaban allí) ¡Tanto que decían! Para ellos, me había arrugado a las primeras de cambio. Claro que esta vez no me callé. El reproche que me hacían me fue útil porque me sirvió para hablar y ser escuchado. Simplemente les recordé lo obvio: Que al no sentir el jefe una presión colectiva, se permitió incluso decirme que no estaba representando a nadie, y, lo que es peor, el aislamiento en que me dejaron no me permitió arrancarle una fecha para recibir respuesta, que era el objetivo principal. Dirigiéndome directamente a los que más habían comentado sobre la comparación de nuestro salario con el de otros trabajadores les reproché por no haberlo levantado delante del jefe. Salí bien parado porque, bien explicado era fácil de entender, no tenían respuesta.

### Quinta experiencia

Esto sucedió en 1975, en Alemania. A estas alturas yo ya había leído todo lo que había de Marx traducido al español, (la lectura de Marx me llevó a interesarme por la filosofía y me embarqué, por este orden, en Rosseau, Hegel, Aristóteles, Platón etc.) y había militado en Brasil. Volví a España en 1970 y salí de nuevo dos años más tarde fuera, esta vez a Alemania, con un contrato de trabajo que me envió otro amigo de la infancia (amigo de jugar por el barrio).

Allí me encontré el siguiente panorama: Mi “amigo”, que había emigrado en los años 50, hacía de capataz en un taller de reparación de automóviles (yo fui contratado como electricista de autos) y mandaba sobre un equipo de españoles que había ido contratando en sus viajes de vacaciones en España. El dueño del taller tenía unas buhardillas encima del edificio de oficinas y allí daba alojamiento a los 4 españoles y a tres turcos. Una habitación para cada uno con una cama y una taquilla para la ropa era todo. Una cocina, un cuarto de baño y un cuarto para uso de todos, al que mal se le podía llamar “cuarto de estar”, por los tres muebles y cuatro sillas además de una mesita con un televisor. Todo viejo y deteriorado. Mi “amigo” estaba todo el día presionándolos para que trabajaran más deprisa (su trabajo era el de reparar los automóviles que traían los clientes) y los cuatro españoles dependían de él para todo, puesto que no sabían alemán ni tenían interés alguno en aprenderlo. El dueño dejaba en manos de mi amigo todo lo concerniente a sus “pupilos”. Después supe que esto es frecuente en Alemania: Los más avisados de los que llegaron primero, no importa de que nacionalidad, buscaron después compatriotas para abrirse camino como capataces y proporcionar mano de obra dócil a su empresa. Ni que decir tiene que los salarios eran de lo mas bajo.

Llegué a primeros de diciembre, vi el percal, me solté un poco en el idioma y cuatro meses más tarde ya había perdido las amistades y conseguí convencer al jefe para que me dejara ir antes de acabar el contrato, firmado por un año, y me fui a trabajar a Frankfurt.

El suceso ocurrió en la Navidad de 1972, cuando solo llevaba un mes trabajando y aún tenía buenas relaciones con mi “amigo”. Parece que el dueño tenía la costumbre de dar una cena a los extranjeros en Navidad y visitarlos en la buhardilla para felicitarles las Pascuas. Pero, antes de ir



el dueño, mi amigo mandaba un equipo de limpieza para que dejase aquello en condiciones para la visita.

El día de esa limpieza, estando trabajando, se me acerca mi amigo y me dice: “¡No te puedes imaginar la cantidad de basura que han sacado de vuestras habitaciones! El jefe se ha quedado horrorizado”. Le contesté con otra pregunta: “¿Sabe el jefe cual es el cuarto de cada uno de nosotros?” Se quedó asombrado y me contestó: “No, ¿porqué lo iba a saber?” “Yo creo que es muy importante - le contesté - porque si hay guarros se lo dices al que lo sea, y si le has comentado al jefe que había mucha mierda, deberás decirle de quien es, para que sepa cual es el guarro y cual no. O sea, que creo que debes ir a decírselo. Yo no tengo porque estar mezclado en eso, porque mi cuarto está limpio.” Y fue entonces cuando oí por primera vez en mi vida: “Antonio, me parece que tu no has nacido para ser obrero”. Me quedé de piedra.

Y lo grave es que ese concepto de lo que es el obrero ha vuelto a aparecer en mi vida varias veces más, y no en boca de un capataz latiguero como lo era mi “amigo”, sino de sindicalistas. Pero ya llegaremos a esto.

### Conclusiones provisionales

He separado estos momentos “iniciales”, por así decir, que son de estos que no se olvidan, porque creo que son los que van formando ¿en el subconsciente? la imagen de los trabajadores, de sus comportamientos individuales y colectivos. En mi opinión, son también los que determinan nuestro comportamiento y nuestras actitudes cuando nos lanzamos a la arena del sindicalismo o/y de la política, sobreponiéndose a lo que aprendemos en los textos que nos han legado los que dedicaron su vida a la lucha contra el capitalismo, a la emancipación de la clase obrera. Hemos visto innumerables casos de luchadores que con el tiempo se “pasaron al otro bando”, bien directa, bien indirectamente, y como respuesta más general estoy cansado de oír que es un proceso biológico, que se es comunista a los 20 años y conservador a los 50. Y no solo oímos esto de personas que nunca pertenecieron a la clase obrera, sino también de trabajadores manuales, para quienes la lucha fue como el acné juvenil.

Siempre me fascinó este fenómeno, y llevo años intentando entenderlo. En los medios de izquierda combativa no se les presta, en general, más atención que la de decir que fueron traidores. No me basta porque la injusticia que les impulsó a luchar continúa ahí, por lo que, o bien nunca la sintieron realmente, o hay un mecanismo interior que termina por ahogar esos sentimientos. Y ese mecanismo bien podría ser el peso de experiencias del tipo de las que he sufrido y descrito aquí, que no han sido digeridas, analizadas, racionalizadas, en fin. Al contrario, han sido tomadas tal cual, y mantienen viva en nuestro interior (mejor dicho, en el de ellos) la contradicción entre una imagen de la clase obrera asumida por vía experimental y la imagen heroica y combativa que nos ofrecen muchos historiadores del movimiento obrero. He sufrido posteriormente, ya dedicado plenamente a la actividad sindical, experiencias en las que he podido ver en toda su crudeza los efectos de esa contradicción, en personas que adecuan su discurso al tipo de personal que está presente, y son capaces de emitir opiniones absolutamente contradictorias, no solo “sin ruborizarse” como se suele decir, sino convencidos de que eso es el camino correcto. En mi humilde opinión - tras múltiples y variadas experiencias - porque en su subconsciente, a pesar de todas las lecturas y militancias, persiste la concepción del obrero que tiene, o tenía, (porque no supe más de él) mi “amigo” de Alemania.

Con lo escrito hasta aquí ya se puede deducir que soy inmune a esa casi deificación de la clase obrera que, desde Marx hasta hoy tanta tinta (y tanta sangre) ha vertido. He conocido casos extremos, de jóvenes que, en el ardor de la llamada “transición” española, se han metido, guiados por sus concepciones ideológicas a una fábrica, a “ser obreros”, y han trabajado activamente desde CC OO (¡y en la izquierda crítica!). Sorpresivamente (yo no gano para sorpresas) uno de ellos me dice un día tranquilamente que ha pedido la cuenta en la fábrica porque es un trabajo duro y sucio y “eso no es lo mío”. Ante mi extrañeza confesó su “error”: Había entrado movido por su militancia, en 1978, pensando que los trabajadores eran otra cosa.



Yo no conocía su historia, y le había creído siempre entregado a la lucha. Se metió a trabajar en un despacho de un abogado laboralista.

Y con esto entramos a la segunda parte donde relataré otro tipo de experiencias sufridas en esta incursión: Las experiencias con trabajadores engajados en la lucha, trabajadores organizados en algún partido político de extrema izquierda, con los que las sorpresas no fueron menores que con los trabajadores “del montón”, que son los protagonistas de estas primeras relatadas aquí. Espero contribuir con ello a arrojar luz sobre ciertos aspectos de la realidad del mundo obrero que pocos quieren divulgar, unos por desconocimiento, otros por interés. Estoy seguro de que muchos trabajadores habrán sufrido las mismas decepciones que yo sufrí en el comienzo de su vida laboral, pero también estoy seguro de que la mayoría de ellos, más tarde o más temprano, han terminado por creer que aquello era propio de “la edad de la inocencia”, que tiene que desaparecer para dar paso al “realismo”. ■